

https://farid.ps/articles/my_grandparents/es.html

Mis abuelos – Un recuerdo familiar de guerra, conciencia y legado

Soy el último de mi familia.

Ya no queda nadie que recuerde a mis abuelos como personas vivas, no como fotografías, no como nombres en un registro, sino como seres humanos. Cuando yo muera, desaparecerá la memoria de quiénes fueron, el coraje silencioso con el que vivieron y el dolor que llevaron dentro, a menos que yo lo escriba. Esta es una historia personal, pero no solo personal. Toca la violencia del siglo XX, lo que significó sobrevivir a un régimen totalitario sin entregar la conciencia, y esa delgada línea entre complicidad y resistencia por la que tuvieron que caminar tantos hombres y mujeres comunes.

Esta es la historia de mis abuelos: mi abuela, que vivió los bombardeos de Viena y la pérdida inimaginable de sus hijos, y mi abuelo, un hábil operario metalúrgico que encontró pequeñas y peligrosas formas de desafiar al régimen nazi desde dentro de una fábrica de guerra. Escribo esto porque su historia merece seguir viva. Y lo escribo porque sus vidas siguen marcando cómo entiendo hoy la justicia, la memoria y la claridad moral.

Mi abuela: Supervivencia bajo las bombas

Mi abuela nació en 1921 y vivió la Segunda Guerra Mundial en los barrios orientales de Viena. Como la mayoría de los civiles, obedecía las órdenes de las autoridades. Cuando sonaban las sirenas antiaéreas, tomaba a sus hijos y corría al sótano que había sido designado como refugio del edificio.

Esos refugios solían ser simples bodegas reconvertidas: húmedas, abarrotadas y mal ventiladas. Se llamaban *Luftschutzkeller* («búnkeres de protección antiaéreo»), pero la protección era casi nula. El aire era denso y rancio, la luz inestable y las normas de oscurecimiento significaban que un solo rayo de luz podía traer sospechas o peligro. Durante los bombardeos, los sótanos se llenaban de gente, de un silencio cargado de miedo y de la espera callada a que el techo aguantara o se derrumbara.

Una noche, el techo no aguantó.

El refugio donde estaba mi abuela recibió un impacto directo o casi directo. El edificio de arriba se vino abajo. La explosión, los escombros y la fuerza de la guerra atravesaron su escondite. Sacaron a mi abuela con vida de entre las ruinas, pero gravemente herida. Parte de su cráneo quedó destrozado y tuvieron que extirparlo. Los cirujanos colocaron una placa metálica en su lugar. El resto de su vida se podía palpar el borde de esa placa bajo el cuero cabelludo. A veces decía que le dolía más cuando hacía frío o antes de las tormentas: un recordatorio sordo de que la guerra nunca la había soltado del todo.

Pero la herida más grande no fue física.

Sus dos primeros hijos murieron esa noche. Los dos se fueron en un instante de ladrillos que caían y fuego. Como tantas mujeres de su generación, tuvo que seguir adelante: enterrar, llorar, sobrevivir sin permiso para derrumbarse. Llevó ese duelo consigo a través del hambre y el caos de la Viena de posguerra.

Y aun así, volvió a empezar.

En 1950 dio a luz a mi madre: sana, viva, una niña nacida entre las ruinas de una ciudad que empezaba a reconstruirse. Es imposible exagerar el valor que eso requirió. Su cuerpo fracturado pero funcional. Su corazón, todavía capaz de esperanza.

Sin embargo, nunca se liberó de lo ocurrido. Nunca bajó al metro en toda su vida. La sola idea de estar bajo tierra, en un espacio cerrado que no pudiera controlar, le resultaba insopportable. Y aun así se obligaba a usar el trastero del sótano del edificio. Un pequeño acto de desafío: volver a un lugar parecido al que casi la mató, no porque quisiera, sino porque la vida lo exigía.

Vivió con dolor, con memoria y con silencio. Pero vivió.

Mi abuelo: Torno, conciencia y latón

Mi abuelo nació en 1912 y creció en una Viena muy distinta. En el período de entreguerras jugó al fútbol semiprofesional y trabajó con metales. Se convirtió en **tornero** (dreher), alguien que moldea el metal con precisión milimétrica. Una habilidad que, sin saberlo, le salvaría la vida.

Cuando Austria fue anexionada por la Alemania nazi en 1938, la conformidad se volvió síñonimo de supervivencia. Afiliarse al Partido Nazi primero se animó, luego se esperó, luego se exigió. Mi abuelo nunca se afilió. Pagó el precio con oportunidades limitadas, vigilancia intensificada y el riesgo de ser considerado desleal. Pero aguantó firme.

Al llegar la guerra llegó también el reclutamiento. La mayoría de los hombres de su edad fueron enviados al frente. Mi abuelo evitó el frente no escondiéndose, sino usando sus manos. Sus habilidades eran necesarias en la industria bélica y lo destinaron a producir armas. Se convirtió en parte de la maquinaria de guerra, no como soldado, sino como operario metalúrgico.

Trabajó en **Saurer-Werke**, una gran empresa industrial en el barrio vienes de Simmering. Durante la guerra, Saurer fabricó motores de camiones, vehículos pesados y las piezas que mantenían en marcha la máquina de guerra nazi. La fábrica también empleó masivamente **trabajadores forzados**: personas de países ocupados, prisioneros y otros obligados a trabajar en condiciones brutales.

Mi abuelo aprovechó el escaso margen que tenía para resistir.

Del comedor de la fábrica sacaba sobras —comida que iba a la basura o era para los trabajadores «arios»— y se las pasaba en secreto a los forzados. Una corteza de pan, unas patatas. Parece tan poco. Pero no lo era. En un régimen que criminalizaba la compasión y donde una denuncia podía venir de cualquier compañero, hasta el gesto más pequeño era peligroso. Si lo hubieran descubierto, habría podido perder el empleo... o mucho más.

Él decidió correr ese riesgo.

Y hay otro detalle que solo recientemente ha cobrado nitidez para mí. Mi abuelo trabajaba con latón. Lo sé porque traía a casa jarrones que él mismo había torneado. Y porque, como regalo de bodas para mi abuela, hizo una pequeña obra de arte: **un barco de latón con tres palmeras**, delicadamente moldeado con láminas y alambres. Era intrincado, hermoso y hecho del mismo material que manejaba en la fábrica.

Eso abre una posibilidad dolorosa.

El régimen nazi tenía una obsesión fetichista por medallas, condecoraciones y símbolos. Insignias, cruces gamadas, cruces de hierro: se fabricaban en cantidades ingentes para premiar la obediencia, glorificar la violencia y reforzar la jerarquía. Muchas de ellas eran de latón o aleaciones similares. Si mi abuelo trabajaba en una sección de trabajos finos de metal —lo cual es muy probable—, es posible que haya participado en **la producción de esos mismos símbolos del régimen**.

Si fuera así, la ironía sería cruel. Que un hombre que nunca se afilió al Partido, que compartía comida con los forzados y rechazaba la ideología del Estado, tal vez haya usado su destreza para fabricar las medallas del régimen. La misma destreza que, en sus manos, creó un regalo de bodas para la mujer que amaba. Un barco. Palmeras. Paz.

Resistencia en una dictadura de rituales

Incluso en casa, la presión para conformarse era implacable.

Cuando mis abuelos se casaron, el régimen les «regaló» un ejemplar gratuito de *Mein Kampf*. Era práctica habitual: un gesto simbólico para atar cada matrimonio y cada familia a la ideología de Hitler. Mi abuela tomó un lápiz rojo y **tachó la esvástica de la portada**. No tiró el libro —lo guardó—. No por reverencia, sino como testimonio. Una reliquia de la intromisión. Un recordatorio de lo que les habían impuesto.

También se esperaba que escucharan los discursos de Hitler por radio. Los nazis habían producido en masa receptores baratos —los **Volksempfänger**, «el receptor del pueblo»— para inundar a la población de propaganda. Los celadores de manzana (*Blockwarte*) vigilaban el cumplimiento. Si tu radio no estaba encendida, si se filtraba un hilo de luz por las cortinas de oscurecimiento, podías ser denunciado.

Mis abuelos encontraron rodeos.

Sobornaban al celador con pequeños favores. **Decían que la radio estaba rota** o que no había señal. A veces simplemente se quedaban en silencio fingiendo no estar en casa.

Otras veces, sabiendo que los vigilaban, ponían los discursos **a todo volumen** para que todo el edificio los oyera: una actuación, no de lealtad, sino de supervivencia.

Su resistencia fue callada. Táctico. No se opusieron abiertamente —eso habría sido suicida—. Pero, a su manera, se negaron.

Qué significa esto para mí

No crecí con una herencia de culpa. Mis abuelos no fueron miembros de las SS. No fueron ideólogos. No fueron perpetradores. Fueron personas corrientes bajo una presión extraordinaria, y trataron, con coraje silencioso, de conservar su humanidad.

Eso me importa hoy porque veo cómo se usa el pasado para moldear el presente.

En partes de Europa, especialmente en Alemania y Austria, la carga de la historia ha llevado a algunos líderes políticos a ofrecer **apoyo incondicional** al Estado de Israel, incluso cuando comete graves abusos contra los palestinos. La lógica, aunque rara vez se dice en voz alta, es clara: porque nosotros fuimos culpables entonces, nunca podemos criticar ahora. Porque los judíos fueron víctimas de nuestros crímenes, debemos apoyar al Estado judío sin condiciones.

Pero esa lógica es defectuosa. **Dos males no hacen un bien.**

El sufrimiento de los judíos en el Holocausto no justifica el sufrimiento de los palestinos hoy. La culpa de los Estados europeos no debe pagarse con otro pueblo desplazado. Los crímenes del pasado no se redimen ignorando los crímenes del presente.

Mis abuelos no cometieron esos crímenes. Vivieron bajo la dictadura pero intentaron seguir siendo decentes. Mi abuelo usó sus manos para convertir el latón en signos de compasión, mientras la fábrica lo usaba para convertirlo en signos de poder. Mi abuela tachó una esvástica con lápiz rojo. Su ejemplo me da fuerza para hablar claro.

No siento la obligación de expiar pecados que mi familia no cometió. Siento la obligación de honrar los valores por los que vivieron: compasión antes que conformidad, decencia antes que dogma, el valor de preocuparse cuando preocuparse era peligroso.

La memoria como rechazo

Este es mi registro. Mi ofrenda. Mi negativa a dejar que su historia desaparezca.

Es una historia de latón y bombas. De radios a todo volumen y comida compartida en secreto. De un cráneo que llevó dolor toda la vida y de un barco de latón que navega por la memoria. De personas que nunca pretendieron ser héroes, pero que se negaron a convertirse en monstruos.

Lo escribo para que no sean olvidados. Y lo escribo para recordarme a mí mismo —y a quien lo lea— que la justicia debe ser universal. Que la memoria debe ser honesta. Que la compasión nunca puede ser condicional.

Incluso en la oscuridad, un pequeño acto de bondad puede ser una forma de luz. Eso me enseñaron mis abuelos.

Y por eso recuerdo.